Poema a Pío

129- El humilde encorvado
que se refugia en tu corazón y por las tardes
recorre los caminos que por entre el bosque, se borran,
lo vi yo anoche:
Bajó pisando la hierba del borde del río
y en la curva, frente al charco azul, detuvo sus pasos.
Se miró en la transparencia del agua remansada
donde las nubes jugaban,
y te empezó buscar
por entre el manojo de reflejos claros
que se pierden por las llanuras del viento
dirección a la eternidad.
Luego siguió allí sentando dejando pasar el tiempo
mientras su perro ovejero se sumergía
en el espejo de los remolinos que la corriente trazaba.
Al fondo se recortaban,
los perfiles rocosos de las cumbres
y por entre el latir de su alma,
resbalaba el verde de los bosques.
Se sabía en Ti y aunque era cierto
que respiraba soledad,
se notaba lleno y abrazado por tu amor
en forma de borbotón inmenso.

137- El humilde encorvado,
rey de la sierra, regalo de tu amor y jardín de tus mimos,
remonta el collado y se detiene en las praderas verdes
de la hierba que ya está brotando.
Mira a su derecha y le complacen los quejigos espesos
y por entre ellos, sus vacas pastando.
Mira a su izquierda y te da gracias
por las cañadas de hierba
donde también pace su manada y retozan los corderos.
Mira al frente y comprueba que Tú eres gozo
en el arroyuelo que corre y la luz que lo baña,
junto con las flores y el agua que pasa.
El humilde silencioso que te ama y te besa,
hoy se siente pleno porque Tú lo abrazas
y ahora lo recreas en medio de sus vacas,
sobre el collado de las mil hojas de hierba
y el sol fuego y plata.
Todo es bello y Tú en su centro, en un amor sencillo,
gritando placer que se ensancha y ensancha,
atravesando el espíritu y las tierras húmedas
que arranca de Ti y sólo en Ti acaban.

162- Como el niño,
que va por las aceras metido en sus juegos,

y sin advertirlo,
enreda en sus pasos charcos y escarcha,
el humilde del Valle, camino por la sierra.
Doblado se inclina hacia la tierra amada
y mientras pisa los caminos que se van borrando,
te lleva en sus pensamientos y te besa en su corazón
y sin notarlo,
roza los romeros y la hierba fresca.
Pisa, sin percibir, la nieve blanca,
las hojas amarillas de los álamos que tiemblan
y las flores azules que acaricia el viento.
El humilde encorvado pasa y va a sus cosas,
y quizá él sin saberlo o sin apenas notarlo,
te roza y te abraza,
bebe del viento que siembras desde el Valle
y al pasar por el río
te pide perdón y te das las gracias.
Viene de donde no tuvo amigos
con el alma rajada,
repleto el corazón
y perdidas las miradas.

242- Mi amigo, el humilde encorvado,
este amigo mío que vive en el Valle
y tanto tiempo hace que no lo veo,
hoy, sin que lo esperara, llegó.
Se agachó en la corriente,
bebió agua y luego se fue.
Lo he mirado extrañado y he querido preguntarle
qué pasaba, pero él se alejó, sin pronunciar palabra.